



# ditorial

El pasado dos de diciembre se representó en Andorra el *Dance de Santa Bárbara* tal como se hacía a principios del siglo XX. Han sido más de setenta años sin hacerse y, sin embargo, se ha recuperado. Una demostración más de que la memoria puede al olvido si una comunidad quiere verse reflejada en el pasado que le ha dado ser. Pero no es una cuestión de nostalgias, ni mucho menos de querer recoger las tradiciones como fórmulas morales para el día de hoy. Eso no sería más que tradicionalismo trasnochado, más propio del pensamiento reaccionario que otra cosa. Es, o debe ser, una reconstrucción cultural de una personalidad o identidad comunitaria en el marco de un proyecto cultural mucho más amplio, que implica recuperación pero también construcción. La finalidad de este proyecto, del que deberíamos ser conscientes, no es otra que la consecución de una sociedad sólida, fuerte cultural y psicológicamente, como condición indispensable para asegurar la capacidad de esa comunidad en la forja de su futuro, tanto social como económico, desde sus propias fuerzas y voluntad.

Desafortunadamente no se puede, por lo menos de momento, realizarse la grabación en vídeo del dance según lo programado, por circunstancias imprevistas. No hay que dar por perdida esta posibilidad, pero, sobre todo, no debe darnos la sensación de que ya no hay nada más que hacer. Nada más erróneo que el quedarnos satisfechos por lo realizado. Una fecha histórica, sí, es verdad, la del 2 de diciembre; pero tan importante como lo hecho es su proyección: ¿Se puede seguir representando periódicamente el dance con continuidad? ¿Se pueden aprovechar su música y mudanzas para personalizar nuestras fiestas más señaladas? ¿Tendría sentido que en los propios colegios se enseñara a los niños para que realmente se perpetúe este hecho cultural y sirva como vivero de danzantes, gitani-llas y demás personajes?

Por nuestra parte, tenemos contraído en el CELAN el compromiso de llevar el dance al papel impreso con la realización de una cartilla que, si progresa una idea ya considerada, puede acabar en un disco-libro.



Estas consideraciones sobre el dance me llevan a otras sobre el proyecto de construcción de nuestra comarca, en las que se recoge también las que en el consejo de redacción de este BCI tuvimos tras el primer *Día de la Comarca* celebrado en noviembre en Crivillén. No hay que ocultar dos dificultades de entrada: el desconocimiento generalizado de qué es y para qué ha de valer una comarca político-administrativa y el escepticismo, quizás más reducido pero consistente, sobre la posible efectividad de la comarcalización. El origen de este escepticismo puede ser ideológico en unos, de crítica política en otros y, en más posiblemente, de simple desconfianza ante la improvisación o sospecha de oportunismo. Negar esta situación, si realmente se quiere ser honrado con la validez del proceso, sería contraproducente pues se estaría desconsiderando una de las condiciones *sine qua non*: que la gente se lo crea. Es verdad que la mejor manera de eliminar suspicacias es demostrar las virtudes de la comarcalización con hechos incontestables y no con simple propaganda o maniobras de distracción. Pero lo dicho para el dance vale también para esto: para llegar a esos hechos incontestables, la comarca tiene que adoptar su personalidad y pensar colectivamente. Y eso cuesta. Si sólo se ofrecen algunas inversiones en los distintos municipios, sin más sentido que el aprovechamiento que particularmente puedan sacarle sus vecinos, y algunos servicios comunes tipo recogida de basuras, por muy necesarios que sean, el invento no puede ser muy ilusionante. Para ese viaje no se necesitan las alforjas de una nueva superestructura político-administrativa. Para eso ya están las mancomunidades.

¿Para qué, pues, una comarca política? Desde luego para acercar la administración al ciudadano, pero también y, sobre todo, para desarrollar planes de futuro en común pensando en comarca. Y para eso, vuelvo a lo del dance, es necesario construir la identidad comunitaria que haga reaccionar a la comarca y no sólo para enfrentarse a los problemas existentes, sino también a retos de política creativa en lo social, en lo cultural, en lo económico. Claro que esto, sin participación política ciudadana, es como si no. Volveremos a dejar en manos de nuestros representantes políticos las tareas de gestionar y, también, la de idear y, luego, nos quejaremos de ellos, porque casi seguro no nos gustará lo que hacen o dejan de hacer. Sin iniciativa ciudadana (individual o asociativa) no notaremos grandes cambios o ventajas. Sin asumir la identidad de comarca, ni siquiera llegaremos a empezar de verdad nada.

En el CELAN seguimos pensando que merece la pena y trataremos de comarcalizar, en lo que se nos permita, nuestro trabajo y proyecto cultural. ¶